

# LA CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS SOBRE Y DESDE AMÉRICA LATINA\*

## THE CONSTRUCTION OF IMAGERIES ABOUT LATIN AMERICA

Isidoro Moreno

*Universidad de Sevilla*

*Para mi buen amigo José Luis Alonso Ponga, en el interés compartido por América Latina y por la deconstrucción de imaginarios que mixtifican las realidades culturales y sociales a ambos lados del Atlántico.*

### RESUMEN

La que hoy conocemos como América Latina (en realidad América Indoafrolatina) ha sido referencia de imaginarios desde Europa, poco coincidentes con la realidad, a partir del momento mismo de su «descubrimiento». A su vez, sobre todo desde la independencia de la mayoría de sus países se construyó en estos, por la élite política e intelectual, un imaginario sobre sí misma para distinguirse de la América del Norte: el que generó la idea de una América Latina. También, desde perspectivas principalmente conservadoras, surgió el imaginario de España como «madre patria». Un imaginario que encajaba con el creado por el nacionalismo de estado español, principalmente para consumo interno contra los nacionalismos periféricos, sobre América (Hispanoamérica) como «empresa civilizadora de España». En las últimas décadas han entrado en crisis esos imaginarios por la dura experiencia migratoria de cientos de miles de latinoamericanos al estado español y por el neocolonialismo económico que practica Europa, y especialmente España, en el subcontinente.

PALABRAS CLAVE: identidades colectivas, imaginarios, América Latina, nacionalismo español, globalización.

\* Una primera versión de este texto fue presentada por el autor en sesión plenaria del 56º Congreso Internacional de Americanistas, Salamanca 2017.

## ABSTRACT

What we know today as Latin America (actually Indo-Afro-Latin America) has been a reference of imaginary from Europe, little coincident with reality, from of the moment of its «discovery». In turn, especially since Independence of most of their countries was built in these, by the political and intellectual elite, an imaginary about itself to distinguish itself from North America: the one that generated the idea of a Latin America. Also, from mainly conservative perspectives, the imaginary of Spain as «mother country» emerged. An imaginary that fit with the one created by the nationalism of the Spanish state, mainly for internal consumption against peripheral nationalisms, on America (Latin America) as «mission civilizer of Spain». In recent decades, these imaginations have entered into crisis for the hard migratory experience of hundreds of thousands of Latin Americans to the Spanish state and for the economic neocolonialism practiced by Europe, and especially Spain, on the subcontinent.

KEY WORDS: collective identities, imaginary, Latin America, Spanish nationalism, globalization.

## 1. LA CONFORMACIÓN DE LA AMÉRICA INDO-AFRO-LATINA

La que hoy denominamos América Latina, y yo prefiero llamar América Indo-Afro-Latina por razones de justicia histórica y de realidad étnica y cultural, no es ni básicamente una prolongación de Europa –como sí lo es, básicamente, Norteamérica de la Europa centro y noroccidental–, ni un continente con una civilización totalmente ajena a la europea. Se trata de un caso único en que coexisten, a veces fuertemente separados y a veces muy imbricados, elementos de las culturas autóctonas, expresiones culturales africanas resultado del gigantesco trasvase poblacional que supuso la trata de esclavos, y componentes europeos trasplantados o recreados durante la presencia colonial, sobre todo de raíz española y portuguesa, y por las posteriores migraciones, sobre todo de la Europa mediterránea, pero también asiática, en los siglos XIX y XX.

El mundo colonial americano bajo las monarquías ibéricas –que abarca la casi totalidad del territorio de la actual América Indoafrolatina– fue un mundo pluriétnico, multicultural, en el cual el principal eje de la estructuración social fue la racialización de las desigualdades sociales, económicas y simbólicas, constituyendo sus sociedades lo que ha llegado a denominarse *pigmentocracias*. Los valores pre-modernos que llevaron al «nuevo» continente la mayoría de los conquistadores y sucesivos pobladores castellanos, durante los siglos XVI y XVII, hacían énfasis en la inferioridad de los «otros» no cristianos –que, en la península, en la Baja Edad Media, eran, sobre todo, los *moros* y judíos y son allí indios y negros esclavos–, catalogados todos ellos como racial y/o moralmente infe-

riores. Nociones como las de «hidalguía» o la «limpieza de sangre», para demostrar la no procedencia de judeoconversos o de otros grupos igualmente estigmatizados, estuvieron también presentes. Dada la muy desequilibrada proporción de sexos en la población *blanca* –aunque, en realidad, los ibéricos invasores y colonizadores estaban genética y culturalmente muy mestizados– y la falta de prejuicios que obstaculizaran las relaciones utilitariamente sexuales entre varones blancos y mujeres indias o negras, el mestizaje biológico fue el resultado casi nunca buscado pero real. No fue posible, salvo para la restringida nueva «aristocracia» del aparato político y administrativo virreynal, mantener separadas espacial ni sexualmente la «república de los españoles» y la «república de los indios». Al añadirse el componente negro<sup>1</sup>, se multiplicaron las mezclas entre las tres «razas», lo que no quiere decir, en modo alguno, que la cultura generalizada fuera realmente mestiza, como la historiografía hispanista conservadora se empeña en afirmar, sin más matices. Se produjeron, sin duda, hibridaciones y sincretismos culturales y alguna incorporación excepcional de no blancos al estrato social alto, pero, en su conjunto, la sociedad estaba rígidamente jerarquizada, estableciéndose un a modo de «racismo graduado», según la pigmentación y el grado de «ladinización» o pérdida de elementos culturales propios, más que de incorporación a la cultura dominante.

En el siglo XVIII estaba establecida socialmente, e incluso legalmente a varios efectos, una «sociedad de castas» en la que los lugares más bajos fueron ocupados por la población negra, al principio toda ella esclava y luego parcialmente libre pero siempre estigmatizada, y por las mezclas entre negros e indios. La definición del estatus social de cada persona, e incluso su propia definición «biológica», fue reflejada en varias colecciones de pinturas que en la segunda mitad de dicho siglo se realizaron en México y Perú. Como estudié hace ya muchos años, se elaboraron unas categorías taxonómicas inspiradas en las categorías de Linneo para las especies vegetales y animales, basadas supuestamente en la realidad biológica, según los porcentajes de «sangres» de cada tipo de mestizo, pero que definían realmente la posición en la escala social. La terminología era muy precisa, y se repite en las diversas colecciones de cuadros, en todos aquellos casos en que había algún ancestro español, «blanco», mientras es poco estable en los otros casos. A la tercera o, en alguna colección, a la cuarta generación de sucesivos matrimonios o cruzamientos de «blanqueamiento», cuando una persona tenía ya solamente un ancestro indio tres o cuatro generaciones atrás, se le aplicaba ya la categoría de «español», pero si ese ancestro era negro –una bisabuela negra– a la cuarta generación surgía un «torna atrás» con la piel totalmente diferente a ambos progenitores, completamente

---

1 Realmente, las categorías de «negros» y de «indios» fueron creadas por los «blancos» para despojar de sus identidades étnicas específicas a las poblaciones dominadas autóctonas y a los esclavos africanos. (Ver Moreno, 1999 a).

negra. La supuesta biología funciona como metáfora social, expresando la imposibilidad de suprimir el estigma originario de la esclavitud, su marca en el cuerpo<sup>2</sup>.

## 2. AMÉRICA COMO ACTIVADORA DEL PENSAMIENTO EUROPEO

La importancia de América para Europa no se redujo a las muy importantes repercusiones en los ámbitos económico, social y político, sino que tuvo también una influencia destacada en el plano intelectual. Con el surgimiento del Nuevo Mundo aparece en el imaginario europeo el «otro externo», el «otro» no previsto, el «otro» para el que no son válidas las respuestas y seguridades religioso-filosóficas elaboradas para los «otros internos» del mundo mediterráneo: el «otro» árabe-islámico, el «otro» judío y el «otro» negro. Los dos primeros, opuestos e incluso enemigos del «nosotros» cristiano y necesarios para la propia definición, por contraste, de este, y el tercero exponente de la humanidad salvaje o bárbara destinada «por naturaleza» al trabajo esclavizado.

La aparición del «otro externo», de las poblaciones del continente desconocido, no previsto, del «indio», supone el surgimiento, o al menos la cristalización, del pensamiento europeo moderno, ya que no es posible pretender entenderlo desde las categorías de hereje, infiel y otras existentes para etiquetar a los diferentes «otros». Esto fue lo que provocó el debate intelectual, primero sobre su pertenencia o no a la humanidad, definida por la presencia del alma, y luego sobre la legitimidad o no de esclavizarlo. La discusión en torno a la «guerra justa», al derecho internacional y a los propios derechos humanos no se hubiera dado, o habría tenido que esperar más tiempo, sin la insospechada aparición de *América*. Personajes fundamentales para Europa, como Las Casas, Francisco de Vitoria o el propio Rousseau, no hubieran existido sin ella (Moreno, 1978).

## 3. EL EUROPEÍSMO DE LAS ÉLITES CRIOLLAS EN LAS REPÚBLICAS LATINOAMERICANAS

Una vez constituidas las repúblicas latinoamericanas, e incluso desde antes de la independencia política, las élites socioeconómicas e intelectuales criollas adoptaron una autoidentificación europea. A pesar de la evidente pluriétnicidad y del multiculturalismo

---

2 En todas las series los siete primeros cuadros reproducen la terminología siguiente: «De Español India, *Mestizo*»; «de Español y Mestiza, *Castizo*»; «de Español y Castiza, *Español*»; «de Español y Negra, *Mulato*»; «de Español y Mulata, *Morisco*»; «de Español y Morisca, *Albino*»; «de Español y Albina, *Torna atrás*». Para las sucesivas mezclas entre negros e indias, los nombres no son hijos: *lobo*, *cambujo*, *zambaigo*, *albarazado*, *tente en el aire*... El «regreso a indio» desde un mestizo (por cruzamiento con una india) es denominado «coyote» o «cholo» y el «regreso a negro» (de padre negro y madre mulata) «zambo». (Moreno, 1969 y 1973).

de sus sociedades, los «libertadores» –quienes ocuparon los nuevos puestos de poder y la minoría intelectual–, con muy pocas excepciones, construyen un imaginario ilusorio en el que la antes América colonial, sobre todo la española, es considerada como una prolongación de Europa. Expresiones como «madre patria» con referencia a España, y luego términos como Hispanoamérica, Iberoamérica e incluso América Latina, no son sino reflejos verbalizados de esa idea, tenida como real o al menos como objetivo a conseguir. No importa que la mayoría de la población pertenezca a diversas etnias indígenas, sea mestiza o ladina, hable o no la lengua «nacional», es decir el español en la mayoría de los casos, ni que quienes se declaran criollos, es decir, americanos «europeos», tengan rasgos físicos e incluso características culturales de indudable origen amerindio o africano: la clase dominante y, sobre todo, los intelectuales se consideran a sí mismos, en la mayoría de los casos, hijos de Europa y del pensamiento ilustrado, o sea «blancos». Por ello construyen institucionalmente las nuevas repúblicas respondiendo al modelo de Estado-Nación, que es el modelo que cristaliza en la Revolución Francesa y es exportado por la ideología liberal. Un modelo según el cual no ha de hacerse distinción alguna entre los individuos por razón de etnia o cultura. Pero como la pluriétnicidad y el multiculturalismo eran la realidad innegable, la «sociedad nacional» es solamente la sociedad criolla minoritaria, que mantiene en una situación muy cercana al *apartheid* social y político a la mayor parte de la población. En general la independencia no supuso ninguna «liberación» para los pueblos y sectores sociales indígenas, negros y mestizos, sino una acentuación de la dominación étnica, de clase y de género sobre ellos. La ideología liberal, importada desde Europa por las élites intelectuales y asumida por buena parte de los grupos político-económicos dominantes, legitimó la expropiación de tierras y la estigmatización de las poblaciones con culturas cuya lógica no era compatible con la ideología individualista del «progreso» y de la «modernidad» (Moreno, 1999b).

Para incorporarse a la «sociedad nacional», sea por voluntad propia o, casi siempre, mediante aculturación planificada por parte de instancias oficiales –como fueron en el siglo xx los institutos «indigenistas»– la población debía rehusar a su identidad específica, asumiendo determinados y restringidos elementos culturales «nacionales», en especial la lengua, aunque la *integración* en la «sociedad nacional» apenas suponga reconocimiento de derechos ni posibilidades de ascenso social y sí pérdida de las redes de protección y solidaridad comunitaria y de la propia autoestima identitaria. El proceso supuso, como ha sido señalado muy certeramente, la conversión del indígena en indigente.

La autoidentificación europea, latina y, especialmente, durante buena parte del siglo xix y primeras décadas del xx, francesa, por parte de la *intelligentsia* autodefinida como «latinoamericana» tuvo la función de negar simbólicamente la realidad pluriétnica y

multicultural del continente, anulando en el imaginario el fuerte componente indio, mestizo, negro y mulato de sus sociedades o convirtiéndolo en un elemento más, supuestamente pasivo, del paisaje. No fue hasta la Revolución Mexicana cuando se produjo la primera ruptura importante de este imaginario, al construirse otro, alternativo, con utilización de recursos simbólicos extraídos en buena parte de la tradición cultural autóctona y mestiza. Pero en la mayoría de las repúblicas el imaginario de una América «Latina», o sea europea, continúa en gran parte vigente como legitimación del mantenimiento de la dominación sobre los pueblos y sectores sociales minorizados y oprimidos.

Conviene también señalar que esta autoidentificación con Europa, que supone una verdadera colonización ideológica, no ha ocurrido solamente en la línea liberal-conservadora. También ha sido compartida, con muy visibles y negativas consecuencias, por la mayor parte de quienes han intentado realizar transformaciones radicales en las sociedades «latinoamericanas». Con muy escasas excepciones, como las de Martí o Mariátegui, el pensamiento de izquierda en el continente ha sido poco original y pobre, debido, sobre todo, a la traslación mimética de las teorías marxistas. Puede parecer hoy sorprendente, pero ha sido la norma general, que quienes han intentado desarrollar una praxis política revolucionaria en el continente lo hayan hecho, en gran medida, de espaldas a las realidades étnicas y sociales de sus sociedades y a la tradición comunitaria de gran parte de sus poblaciones; sin analizar adecuadamente estas, por contemplarlas con las anteojeras teórico-ideológicas del marxismo europeo previamente convertido en doctrina. Las debilidades de este, en especial su infravaloración de las identidades étnicas y su definición dogmática del proletariado como único sujeto revolucionario, explican en gran medida la debilidad histórica de los partidos de izquierda y el fracaso generalizado de los intentos revolucionarios. Difícilmente, en un continente pluriétnico y multicultural, en muchos de cuyos países, además, el proletariado, sobre todo industrial, es casi inexistente, la metodología y la praxis marxista (al menos del marxismo más difundido) podía obtener los resultados perseguidos. De ahí el interés e importancia de los planteamientos y prácticas descolonizados de movimientos y organizaciones surgidos en los años ochenta y noventa, como la Confederación de Nacionalidades Indias de Ecuador (CONAIE) o el movimiento zapatista de Chiapas, que han sido calificados de *postmarxistas*.

#### 4. LA DOCTRINA MONROE Y LA CONFORMACIÓN DEL IMAGINARIO LATINOAMERICANO

Conviene no ignorar la importancia, dentro del proceso que estamos delineando, que tuvo el establecimiento de la «doctrina Monroe» para el afianzamiento del imaginario latino por parte de las élites de los países al sur del río Grande. Cuando se produjo la

Declaración de Independencia de las trece colonias, aún no existía ningún estado independiente en el continente. La Declaración constituyó un ejemplo para los criollos liberales que deseaban seguir, en sus propios países, el camino abierto por los norteamericanos. No existía, entonces, contradicción alguna para ellos entre admiración por los recién constituidos Estados Unidos de América del Norte y autoidentificación europea, máxime cuando los valores y objetivos políticos de quienes alentaron la Declaración, separándose de Gran Bretaña, eran precisamente los que alentaban en el pensamiento ilustrado liberal, de raíz principalmente francesa. De ahí, también, el apoyo moral, e incluso material, de los norteamericanos a la lucha criolla por independizarse de España.

A partir de entonces, y a pesar de que en ambos subcontinentes –salvo en el caso, especial, de Brasil– se establecen repúblicas en que los blancos monopolizan el poder y se autodefinen, excluyentemente, como «sociedad nacional», relegando a negros e indios a una posición subalterna, discriminada, cuando no carente de cualquier derecho o, incluso, sobre todo en los Estados Unidos y en el Cono Sur, objeto de genocidio, el distanciamiento se hace creciente. De una parte, los regímenes fuertemente conservadores, sobre todo militares, que se establecen de forma recurrente en la gran mayoría de las repúblicas de la antigua América hispana no pueden simpatizar, y viceversa, con la «joven democracia americana». Su imaginario está en la España conservadora, donde el absolutismo no declina hasta casi la mitad del siglo XIX y el liberalismo es luego muy atemperado por el pacto liberal-conservador que, con el paréntesis de los años del llamado Sexenio Revolucionario (1868-1874), se extendería hasta la proclamación de la Segunda República, en 1931. Es esto lo que explica la aparición de la retórica de la «madre patria» desde el momento en que se hace patente la irreversibilidad de la independencia y a la antigua metrópoli sólo le quedan en el continente las colonias caribeñas, basadas económicamente en el trabajo esclavista. Reclamarse «hijo de la madre patria» supone, a la vez, autolegitimarse como sucesores «naturales» de las autoridades políticas del Imperio español, legitimando los valores más conservadores, y distanciarse de las *peligrosas* ideas de los liberales franceses y los demócratas norteamericanos. Tanto más cuanto que su adopción por parte de la «gente baja» y «no preparada» para ello podía dar lugar a situaciones definidas como terribles y caóticas, de las que Haití era señalado como el ejemplo permanente.

Cuando Estados Unidos arrebatara violentamente a México casi la mitad de su territorio y comienza a intervenir directamente en Centroamérica, la animadversión contra el país norteamericano se hace más general y, al menos en alguna medida, es compartida por conservadores y liberales en todas las repúblicas. Cuando la doctrina Monroe queda establecida explícitamente, es leída, con gran unanimidad, como «América (todo el continente) *para los americanos* (para los norteamericanos)». La autoidentificación con

Europa de las élites nacionales se hace componente fundamental de su necesario nacionalismo frente a la amenaza del gigante del Norte, con su *big stick*. Para hacer frente intelectual y simbólicamente a este, de una manera menos segmentada de lo que refleja la división política en estados independientes y rivales entre sí, cuando no enemigos enfrentados militarmente, surge la propia denominación de «América Latina». La expresión subraya que no existe una sola América, como pretenden los (norte)americanos con el fin de naturalizar su derecho a controlar todo el continente considerando el territorio al sur del río Grande como su «patio trasero», sino dos: la América Anglosajona y la América Latina, cada una de ellas con su propia historia y con derecho a reafirmarse como entidades culturales y políticas.

Pero si la construcción del imaginario latinoamericano afirmaba rotundamente el rechazo a la subalternidad respecto a USA, fortalecía también la idea de lo europeo-latino (y, en versiones más conservadoras, de lo específicamente hispánico) como eje de la autoidentificación de la «sociedad nacional» de países algunos de los cuales eran, y son, rotundamente indígenas o mestizos genética y, sobre todo, culturalmente. Con lo que la extensión de dicho imaginario, y del propio término, contribuyó también a enmascarar la realidad de los países definidos «latinoamericanos», invisibilizando en ellos a las poblaciones indias, negra y mestizas cuyas tradiciones culturales y cuyo imaginario no eran precisamente latinos. Estamos, una vez más, ante el mimetismo europeísta, ahora de significación *progresista* y anti-imperialista, de las élites intelectuales del subcontinente, cuyo imaginario les impide leer adecuadamente la realidad étnica y, por tanto, social de sus propias sociedades.

Cuando un sector importante de esas élites abraza el marxismo, no pocas veces mediante lecturas vulgarizadoras y reduccionistas de Marx<sup>3</sup>, el europeísmo se acentúa y, con ello, el alejamiento de una realidad que en modo alguno es una trasposición, o una reproducción, de la latinidad europea al otro lado del Atlántico sino una peculiar combinación y recombinación, con imbricaciones múltiples, hibridaciones, sincretismos y originalidades culturales, entre lo autóctono, con toda la diversidad de culturas *indias*, lo africano (resultado de la deculturación de poblaciones étnicamente diversas y el posterior proceso de etnogénesis *negra*) y lo europeo-latino (que es básicamente ibérico y, por tanto, también internamente mestizo). Las grandes migraciones de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX de «gallegos» (españoles), italianos del sur, alemanes y otras

---

3 Es muy significativo, por ejemplo, el extraordinario éxito de obras y manuales de introducción rápida al marxismo, como el conocidísimo de Marta Harnecker, en las que este no es presentado como un sistema teórico-metodológico para orientar la praxis sino como doctrina científicamente explicativa de la realidad social y de la Historia.

gentes de diversas procedencias europeas refuerzan, y diversifican, este último componente. Así como las aportaciones poblacionales asiáticas –de japoneses, chinos, libaneses...– y de judíos acentúan aún más la diversidad, sobre todo en determinados países.

## 5. LA MIRADA ESPAÑOLA SOBRE AMÉRICA LATINA: LA CELEBRACIÓN DEL IV Y V CENTENARIOS

Desde las primeras noticias del «descubrimiento» de lo que sería llamado «el nuevo mundo» –que realmente era nuevo, en todos los sentidos, para los europeos porque desconocían totalmente su existencia, y también era parcialmente nuevo para las propias sociedades autóctonas, en cuanto a la conciencia de su carácter de continente–, éste atrajo fuertemente el interés europeo. La imaginación de poderosos y pobres se exaltó en la búsqueda de *Eldorado*, el reino mítico repleto de riquezas, y las monarquías europeas se enfrentaron para conseguir los máximos beneficios posibles de sus recursos naturales y humanos. Pero, también, como ya señalamos anteriormente, el pensamiento filosófico y el debate intelectual fue activado por las preguntas sin respuestas preestablecidas que ese *Nuevo Mundo* planteaba.

América, ambos subcontinentes, fue el destino, durante siglos, de quienes en Europa se vieron compelidos a dejar sus países a causa de las hambrunas, las persecuciones religiosas o políticas, o el deseo de iniciar una nueva vida con mejores expectativas. Para el caso, sobre todo, del territorio de los Estados Unidos, antes y después de su independencia, y para Canadá, Brasil, Venezuela, las islas del Caribe y el Cono Sur, funcionó la falsa idea de «países vacíos», abiertos, por tanto, a la colonización, el trabajo o la aventura. La presencia de poblaciones autóctonas fue considerada como un obstáculo a suprimir, al igual que era preciso talar bosques para convertirlos en terrenos agrícolas o en praderas para el ganado. La idea, sobre todo en el *xix* y comienzos del *xx*, divulgada desde quienes gobernaban dichos países, fue que estos eran «naciones en construcción», donde había un lugar para cuantos estuvieran dispuestos a participar en dicha empresa (aunque, en realidad, sí hubo una selección, o al menos una clara discriminación, en la práctica, de los inmigrantes según los lugares de procedencia).

«Hacer la América» se acuñó como frase equivalente a éxito rápido y a enriquecimiento. La figura mítica, en el norte de España, del «indiano», el hombre que vuelve, después de muchos años, a su pueblo natal para pasar los últimos años de vida en la gran casa de piedra que se hace construir, se convierte en paradigma y demostración palpable de la posibilidad de ese éxito. No importa que sean casos excepcionales, ni que apenas se conozcan las realidades que van a encontrarse en los países de destino. Tampoco se tienen en cuenta, a priori, las penalidades y el fracaso posibles: millones de europeos de

los países mediterráneos, irlandeses, polacos, turcos y de otras nacionalidades saltan el Atlántico con el objetivo de asentarse en América y reconstruir allí sus vidas. Durante mucho tiempo, en el imaginario de millones de europeos pobres o perseguidos, América significó una especie de tierra prometida, de lugar donde potencialmente era posible un futuro que en sus viejos países les era negado.

Pero, en el caso español, a esta significación, que estaba muy presente en las regiones del norte, especialmente en Galicia y Asturias –hasta el punto de que, en la mayor parte de América Latina, el término «gallego» se hizo sinónimo de español, no importa el lugar real de procedencia–, y también en las islas Canarias, se añadió desde finales del siglo XIX otra no menos importante significación, esta vez en el discurso retórico de las élites conservadoras que ocupaban el poder político. En un trabajo que publiqué en el emblemático año 1992 –el año de la celebración del «Quinto Centenario» y de la Exposición Universal de Sevilla–, titulado «América y el nacionalismo de estado español», analicé el nacimiento de dicho discurso y su evolución hasta hoy (Moreno 1992). A él me remito para quienes deseen profundizar en este tema<sup>4</sup>, pero sí creo necesario señalar algunas de las líneas fundamentales al respecto.

Durante las últimas décadas del Imperio español (anteriormente castellano) en América, los gobernantes reformistas ilustrados no consideraron necesario enmascarar los objetivos de la política colonial con discursos retóricos idealizadores. Buen ejemplo de ello es la carta del conde de Aranda al jefe del gobierno de su majestad, el conde de Floridablanca, en 1785, en la que, presagiando la cercana pérdida de las colonias, se decía, sin ambages:

Nuestros verdaderos intereses son que la España europea se refuerce con población, cultivo, artes y comercio, porque la del otro lado del charco Océano la hemos de mirar como precaria a años de diferencia. Y así, mientras la tengamos, hagamos uso de lo que nos pueda ayudar, para que tomemos sustancia, pues en llegándola a perder, nos faltaría ese pedazo de tocino para el caldo gordo (Delgado 1987).

Los discursos retóricos comenzaron a forjarse a partir del derrumbe del Imperio colonial, entre los años 1820–30, y cristalizaron a finales de la centuria. Como ha señalado el historiador Joseph Fontana (1992):

---

4 Más recientemente, he tratado sobre la importancia de 1992 para el nacionalismo de estado español, en cuanto que también es la fecha mítica de la supuesta consecución de la «unidad nacional». Esta mitificación no sería posible sin la invención del pseudoconcepto de *Reconquista* y el falseamiento de la historia de Andalucía. (Ver Moreno, 2019).

Se puede seguir la progresiva alucinación de unos gobernantes que, después del desastre de Ayacucho, seguían soñando en una reconquista que no esperaban tanto de sus propias fuerzas como de la ilusión de que la inmensa mayoría de los americanos deseaban la vuelta de los españoles para retornar el orden social que les garantizaba la monarquía absoluta... Pero el paso de la insensatez al delirio se produjo sobre todo a fines del siglo XIX. Eran momentos en que las potencias europeas estaban construyendo sus imperios coloniales... Una España que perdía ahora los últimos vestigios de sus dominios ultramarinos y que no lograba concretar su aspiración de un nuevo imperio norteafricano, se refugió en la evocación de su pasada grandeza.

A estas dos razones, pérdida de las últimas colonias e impotencia para participar en el reparto colonial de África, ya que los únicos territorios que obtiene España son los muy pequeños de Río Muni y cercanas islas de Fernando Poo y Annobón (que componen la actual Guinea Ecuatorial) y el entonces sin interés económico alguno del Sahara Occidental, es preciso añadir otros factores. Tras los años del llamado, quizá con énfasis excesivo, «Sexenio Revolucionario» (1868-74) –en que se sucedieron, con rapidez inusitada, la caída de la monarquía de Isabel II, la Primera República, las rebeliones cantonalistas, la efímera monarquía de Saboya y la reinstauración borbónica que abrió el periodo conocido como de la «Restauración»– se instaló una situación de aparente *normalidad política* que ocultaba la realidad de una múltiple y profunda crisis social y política del Estado liberal-conservador. A la fuerza creciente del anarquismo, sobre todo en la Andalucía agraria y en la industrializada Cataluña, a los primeros brotes socialistas y al nunca desaparecido republicanismo se unieron la activación de los nacionalismos y regionalismos, especialmente del catalán, y el problema, nunca resuelto, de los fueros vascos. Antes, incluso, de la derrota en la guerra hispano-norteamericana, existía una evidente crisis de identidad ante el fracaso de la construcción nacional a partir de la realidad de facto del Estado. El intento fallido de reafirmar, desde el poder conservador, una única *identidad nacional española*, se apoyaba en cuatro pilares míticos: la identificación entre España y Castilla, la equivalencia entre España y religión católica, la *Reconquista* como empresa *española* de ocho siglos en lucha permanente contra los «invasores» árabe-musulmanes hasta conseguir la «unidad nacional», y el *Descubrimiento*, conquista y colonización de América como gesta civilizatoria *española*. Cuatro falsificaciones de la Historia que no resisten la más mínima crítica pero que han sido reproducidas hasta hoy durante más de cien años en los textos escolares y en la retórica del nacionalismo de estado.

Seis años antes del *desastre* del 98, fue aprovechada la fecha de 1892, cuarto centenario de la llegada de Colón a Guanahaní, para reactivar uno de estos pilares: el relacionado con América. El *descubridor* y la reina *católica*, Isabel de Castilla, son las figuras centrales en torno a las cuales se desarrollaron las celebraciones: inauguración

de monumentos en homenaje a ambos en diversas ciudades españolas, exposiciones, exhibiciones navales, restauración de los «lugares colombinos» de donde partieron las tres carabelas, congresos... y, sobre todo, grandes dosis de retórica exaltando una grandeza que la realidad desmentía, tanto a nivel interno como internacional. Una retórica en torno a la evocación idealizada de los siglos imperiales que continuó, y se acentuó, en los primeros treinta años del siglo xx. Mientras los problemas sociales se agudizan y la aventura colonial en el norte de Marruecos, lejos de consolidarse, supone una constante sangría económica y humana, el reinado de Alfonso XIII, hasta la proclamación de la Segunda República en 1931, trata de conseguir lo que llegó a calificarse de la «reconquista espiritual» de América, asumiendo tareas de *Madre Patria*. Es significativa la declaración, en 1918, durante el llamado «trienio bolchevique» caracterizado por las violentas luchas obreras y la fuerte represión policíaca-militar, del 12 de octubre como *Día de la Raza*. El horizonte de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, finalmente celebrada en 1929, bajo la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), se jalonó de discursos ampulosos en los que se subrayaba que el «destino histórico» de España era América. Ante la irrelevancia de la influencia económica y política respecto a las antiguas colonias –que serán siempre nombradas como Hispanoamérica o, a lo más, Iberoamérica, siendo proscrita la expresión América Latina– se insiste en la existencia de una «comunidad espiritual» compuesta por la «madre» y las «hijas». Como declarara en 1926 el rey, en una de sus visitas a las obras para la citada Exposición:

España, por una serie de circunstancias, unas fortuitas y otras de índole internacional, no ha podido desenvolverse en el último siglo en la medida en que lo han hecho las demás naciones, y esto ha sido la causa de que se aflojasen los lazos que la unían con América, distanciándose espiritualmente de sus hijas de allende el Atlántico... Nuestra raza es hoy fuerte y valerosa. Si España antaño fue pobre y no pudo desarrollarse en la medida deseable; si no pudo poblar sus territorios, tuvo en cambio corazón y energía. Gracias al esfuerzo de su voluntad ha sabido resurgir y busca en la unión con sus hijas de América esa fuerza que da la unión para que todos unidos laboremos por el engrandecimiento de la raza. Madre e Hijas, unidas, son las que han de dar al mundo, en lo futuro, la patria de los sentimientos de amor y unión que han de reinar entre los pueblos, como base del progreso...

Como cabría esperar, en el acto de inauguración de la Exposición se desplegó toda la retórica imperial, precursora del fascismo que habría de imponerse, años más tarde, con el levantamiento militar-fascista iniciado el 18 de julio de 1936. En presencia de Alfonso XIII, el 9 de mayo de 1929, el general-dictador, Primo de Rivera, pronunció un discurso de exaltación de

la vieja España, la que por su esfuerzo y la fe de su insuperable Reina Isabel, la también España de Lepanto, acoge hoy, en la simpar Sevilla, a sus hijas de América y a su

hermana Portugal, para mostrar al mundo cómo los años no han marchitado la lozanía de su espíritu y la esencia de su vigor artístico y cultural...

Días después se celebró una «Cabalgata Histórica de la Raza Hispanoamericana», compuesta por carrozas alegóricas que representaban a los primeros pobladores, el descubrimiento, la colonización y evangelización de América, y a la «España actual», encarnada fundamentalmente en coros folklóricos de las diversas *regiones*. Por supuesto, apenas nada se logró en cuanto a una aproximación real a los países americanos, pero ese no era el verdadero objetivo. Este era, sobre todo, interno: mostrar a una sociedad atravesada por una muy profunda crisis social, política e identitaria una grandeza «nacional» inexistente desde hacía cien años, pero activada en el imaginario a través de la glorificación de la «empresa civilizatoria».

Durante los cuarenta años de la dictadura franquista, *Hispanoamérica* acentúa su significación retórica como «obra de España», se impone la noción de *Hispanidad* –una especie de Commonwealth metafísica, basada en la «comunidad de sangre y de cultura»– y se crean organismos como el Instituto de Cultura Hispánica, con un contenido profundamente conservador y ultranacionalista. Restaurada la democracia y aprobada la nueva Constitución, en 1978, sorprendentemente para algunos no se produciría un giro importante en la visión sobre América. La Exposición Universal de Sevilla, en 1992, al cumplirse el Quinto Centenario del *Descubrimiento*, será una operación de imagen para reafirmar ante el mundo el nacionalismo de estado español, esta vez comandado por el Partido Socialista refundado en Suresnes bajo el auspicio del SPD alemán. América, una vez más, no fue sino la excusa para objetivos políticos internos de reafirmación del Estado frente a los nacionalismos periféricos, especialmente el vasco y el catalán, pero también frente a otros brotes nacionalistas, y para algo parecido a la presentación en sociedad de la España de la *Segunda Restauración Borbónica*: una España «moderna» y «europea», dirigida por Felipe González, con suficiente potencial para organizar en un mismo año –precisamente en el que se cumplían quinientos del inicio del imperio americano y de la supuesta consecución de la «unidad nacional»– unas Olimpiadas, en Barcelona, y una Exposición Universal, en Sevilla. En esta última, contrariamente a lo que cabría esperar por el lema con el que había sido anunciada, que fue «La Era de los descubrimientos», los estados latinoamericanos, salvo cuatro de ellos, tuvieron una muy pobre y secundaria participación, en comparación, sobre todo, con los estados de la Unión Europea. Incluso, a última hora, el lema fue sustituido por el de «La Gran Fiesta» (¡!). Unos años antes, en 1986, el propio gobierno del PSOE había reinstaurado el 12 de Octubre como fiesta *nacional*, condición que había perdido tras la muerte de Franco. Y la presencia de España, junto a la de Portugal, en las reuniones de jefes de estado de la muy poco relevante Organización de Estados Iberoamericanos no tuvo otra significación

que la de alimentar la retórica iniciada en el siglo XIX, con algún pequeño retoque: ahora, la relación ya no es materno-filial sino entre «naciones hermanas».

Es preciso señalar, no obstante, una significativa novedad, completamente desligada de todo lo anterior: en las últimas décadas, las más importantes corporaciones bancarias, de energía y de comunicaciones con capital predominantemente español, como los Bancos de Santander y BBVA, la compañía Telefónica, Repsol y otras empresas más tienen una muy importante presencia en América Latina, en especial en México, Argentina y Brasil. Incluso, en algunos de esos países, se habla de «neocolonialismo económico» español. En algunos sectores, España es ya el segundo inversor, tras Estados Unidos. En este ámbito, la retórica está ausente y los intereses del capital se ponen en juego de manera descarnada. Tal como ocurre, también, en las relaciones entre el capital europeo y el subcontinente. Este se ha convertido, en cierta medida, en escenario de la pugna entre los componentes europeo y norteamericano del capital globalizado por la consecución de mercados y el control de recursos.

## 6. EL «DESCUBRIMIENTO A LA INVERSA» ACTUAL

En las últimas décadas, la creciente inmigración a Europa, especialmente a España, pero también a otros estados de la UE, de un cada vez mayor número de ciudadanos latinoamericanos está poniendo en contraste el imaginario generalizado que en la mayoría de sus países de origen existía sobre el Viejo Continente en general y sobre la «Madre Patria» en particular, con la dura realidad. Las repetidas crisis económicas, y a la vez políticas, por las que han atrevesado en los últimos treinta años Ecuador, Perú, Colombia, Bolivia, República Dominicana, Argentina o Venezuela, junto a la peculiar situación de Cuba, han hecho que cientos de miles de indo-afro-latinoamericanos hayan optado por emigrar a Europa, siguiendo las pautas tradicionales de la emigración mexicana, centroamericana y caribeña a Estados Unidos. Y han percibido, en su propia experiencia, que apenas existen diferencias entre las políticas respecto a ellos que se practican en ambos destinos. Queda lejos la acogida europea a los exiliados políticos de Chile tras el golpe militar de Pinochet –por supuesto, no en España, donde en 1973 todavía existía la dictadura franquista-. Y aún más lejos quedan las facilidades que los republicanos españoles exiliados tras la guerra civil tuvieron en México y otros países de allende el Atlántico. La dinámica hegemónica en el mundo actual es la *globalización* de la lógica del Mercado y en ella los seres humanos no son considerados más que como mercancías entre otras mercancías, aceptadas o rechazadas según las necesidades de los mercados de trabajo. Los latinoamericanos, también en España, forman parte del conjunto de inmigrantes, junto a marroquíes, subsaharianos, asiáticos y procedentes de la Europa del Este, y no son tratados de manera especial, como hubieran podido creer

atendiendo al imaginario hasta hace poco dominante. Ahora son *indios* o *sudacas*, al igual que son *moros* los marroquíes y *negros* los subsaharianos. El control policial sobre todos ellos es semejante, las trabas a la concesión de «papeles» (documentación) idéntica. Y en nada se diferencia la sobreexplotación que han de soportar en cuanto a los salarios y condiciones de trabajo en la agricultura intensiva, en la construcción, la hostelería, el servicio doméstico o la prostitución. La exigencia de visados por parte del conjunto de estados de la Unión Europea, aceptada cuando no impulsada por España, ha sucedido a la retórica y a la existencia, en algunos casos, de convenios de doble nacionalidad. A pesar de protestas como la ejemplar del Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, que prometió no volver a España mientras que sus compatriotas colombianos se vieran obligados a pedir un visado que, en la mayoría de los casos, no se les concede, la bunkerización del Estado Español, como del conjunto de la UE, ha continuado fortaleciéndose: violaciones constantes del derecho de asilo político, sucesivas Leyes de Extranjería cada vez más restrictivas y policíacas, criminalización de la inmigración «ilegal», falsa equivalencia entre inmigración y delincuencia, negativa a las regularizaciones, recortes de derechos humanos fundamentales y racismo institucional. Todo ello, acompañado de discursos retóricos sobre el supuesto objetivo de impulsar la integración (Moreno 1999c, 2001; Martinello 2001; De Lucas 2002; Maestro 2003).

Incluso, en España, los latinoamericanos son utilizados, no pocas veces, para justificar la discriminación contra *moros* y *negros*. Sin que, significativamente, ellos mismos –de los que se dice que son más fácilmente integrables por la proximidad cultural– se beneficien de ninguna clase de discriminación positiva. En pocos años, la presencia latinoamericana en Europa se multiplicó. Ellos, y a través de ellos sus familiares y compatriotas que quedaron en el «Nuevo Mundo», descubrieron la vacuidad de los discursos retóricos y la falsedad de la «relación de parentesco» entre ambos continentes. El imaginario sobre Europa, la identificación con Europa –por motivos ideológicos, culturales o como rechazo al hegemonismo USA– ha quebrado espectacularmente al contacto con la realidad. Y el imaginario sobre la «madre patria» se ha acercado al de la madrastra de Blancanieves.

## 7. ESPAÑA, EUROPA Y LA AMÉRICA INDO-ÁFRO-LATINA: LAS NUEVAS MIRADAS NECESARIAS

Convendría recuperar algunas cuestiones con las que iniciamos esta reflexión. La ampliación de la UE hacia el este, el fallido intento de elaborar una Constitución Europea y el *brexit* británico nos urgen a repensar Europa. Tanto más cuanto que el déficit democrático de sus instituciones y el carácter fuertemente economicista de estas han convertido ya a la Unión Europea en un motor importante (aunque secundario respecto

a Estados Unidos, China y quizá alguno de los «países emergentes») de profundización en la globalización mercantilista, a la vez que en fortaleza frente a los pueblos del Sur.

En contraste con lo que está sucediendo, este repensar no debiera ser sólo un mirarnos hacia adentro, para conseguir establecer una metafísica «verdadera identidad de Europa», sino, sobre todo, para promover un debate sobre el papel que nuestro viejo continente, resultado de complejos y contradictorios procesos históricos, quiere tener hoy en el mundo. Es en esta perspectiva en la que únicamente tendría sentido hablar de *confines* y no de fronteras (Moreno 2013a). Pero hay que comenzar constatando que la Europa que se ha ido construyendo, sobre todo después de Maastricht, es una Europa-fortaleza en torno a los intereses del Mercado y no a la defensa de los Derechos Humanos (que tuvieron precisamente en Europa a sus más destacados precursores y teóricos).

No creo que lo fundamental sea –como algunos pretendieron hace años– discutir acerca de si en el preámbulo de una posible Constitución europea deba o no figurar explícitamente la mención al cristianismo, o una referencia al laicismo o a algunas de las corrientes de pensamiento que han marcado la historia del continente, incluidos –¿por qué no?– el anarquismo y el marxismo. Esta controversia solo reflejaba la confusión interesada entre identidad histórica e identidad cultural actual; dos dimensiones, sin duda relacionadas, pero que han de ser claramente distinguidas. Las cuestiones claves serían qué concepto de «desarrollo» adoptamos para hacer frente al agotamiento de los recursos y al cambio climático; si acentuamos un modelo de sociedad cerrado y desigualitario en el que cada día serán más amplios los sectores marginalizados y excluidos o damos pasos hacia la construcción de sociedades basadas en la equidad, el reconocimiento universal de derechos y la interculturalidad; y sobre de qué modo participan en las decisiones no solo los estados y los lobbies económicos sino también los pueblos–naciones sin estado, las regiones, *landers* y otras entidades actualmente subestatales con identidad histórica, cultural y política.

Si estos temas centrales no se consideran, o, lo que es más grave, si sus contenidos se dan por ya establecidos –como lamentablemente parece estar ocurriendo–, el avance en la construcción de Europa va a significar un avance en la sacralización del crecimiento económico y de la productividad y la competitividad como valores supremos; el avance en la consolidación de una sociedad de mercado, donde todo haya de tener precio, todo pueda comprarse y todo esté encaminado a la maximización del beneficio inmediato, no importa a qué costes sociales y ecológicos; una profundización en el vaciamiento de las instituciones políticas, que van a aumentar su déficit democrático; y un ascenso de la xenofobia y del racismo. En ese modelo de Europa-fortaleza, la importancia de las fronteras y de su control policial sería –está ya siendo– creciente, frente a las «invasiones» de los inmigrantes o refugiados procedentes de los países perdedores

de la globalización: africanos, asiáticos y latinoamericanos. En este marco, la relación con las grandes regiones del mundo, incluida América Latina, no tendría otro horizonte que el puramente mercantilista y utilitario: mercados a conquistar por los capitales y mercancías europeos en competencia, más o menos dura, con los capitales y mercancías norteamericanos y, secundariamente –al menos por ahora–, asiáticos.

Frente a este panorama, Europa puede, y debería, ser repensada rescatando su mejor tradición de crítica radical del orden social, político e ideológico establecido. Una tradición que es, de entre todos los componentes que han forjado la Europa actual, el más valioso intelectual y humanamente y el que podría servirnos para avanzar en la inaplazable tarea de cuestionar el pensamiento único de la globalización neo(ultra) liberal –asumido mayoritariamente por la supuesta *intelligentsia* y por el conjunto de partidos que componen el sistema político– y activar un pensamiento centrado en la dignidad humana, en los derechos tanto individuales como colectivos y en el Bien Común de la humanidad (Houtart 2012, 2013), que es incompatible con todas las sacralizaciones: sea la religiosa, sean las sacralizaciones laicas de la Razón, el Estado, la Historia o el Mercado (Moreno 2003).

En esta importante encrucijada, a los europeos, sobre todo mediterráneos, que no aceptemos el Mercado como Absoluto Social, podría sernos de gran ayuda una nueva mirada hacia la que hasta ahora solemos denominar América Latina. Para ello, deberíamos abandonar las miradas e imaginarios que continúan siendo dominantes. La principal de ellas la contempla como un territorio para ser globalizado por nosotros, es decir, para ser convertido en mercado europeo aduciendo una especie de derecho prioritario a la obtención de beneficios por ser sus países una «prolongación» de nuestra Europa. Esta mirada utilitarista, neocolonial y negadora de la especificidad de la América que insisto en denominar, para hacer justicia a su realidad, como Indo-Afro-Latina, debería ser denunciada y abandonada, sustituyéndola por políticas reales de apertura, respeto y cooperación económica y cultural. Como también debería abandonarse esa otra mirada, en este caso más minoritaria, que hace de América *Latina* una especie de «reserva espiritual», sea para el catolicismo conservador, sea para un pseudoprogresismo que convirtió a Cuba, a la Nicaragua sandinista o a la Chiapas zapatista en sucesivas «mecas» a las que peregrinar por parte de quienes, las más de las veces, aceptan pasivamente o contribuyen al avance de la globalización mercantilista en la propia Europa.

La nueva mirada que habría de sustituir a las anteriores debería partir de la profundización en los procesos históricos reales que han imbricado, en lo económico, lo social, lo político y lo ideológico, desde hace ya más de 500 años, a la América Indo-Afro-Latina y a Europa, y del reconocimiento de los genocidios, etnocidios y resistencias habidos durante ese medio milenio. Y debería, sobre todo, centrarse en los valores co-

munitaristas, humanizados y de respeto a la naturaleza que todavía perviven, pese a siglos de dominación, en muchos colectivos indios, mestizos y negros del continente y en sus movimientos reivindicativos (Moreno 2013b), así como en lo mejor de las creaciones culturales de los intelectuales que lograron descolonizarse de Europa, rechazar el pragmatismo mercantilista norteamericano y beber de las fuentes indo-mestizo-africanas de sus culturas propias, incorporando a ellas, como un componente más, no hegemónico, el europeo-mediterráneo. Es esta mirada la que no sólo es consecuente con la verdad histórica sino la que puede actuar sobre nosotros mismos, como un efecto *boomerang*, activando valores *latinos* que estamos dejando desaparecer por las presiones de la globalización mercantilista y que podrían convertirse en ejes de resistencia frente a esta. Son esos valores, en claro retroceso aquí, más presentes y ahora activados en diversos lugares al otro lado del Atlántico, los que más pueden identificarnos mutuamente; los que pueden hacer que la Europa mediterránea y la América Indo-Afro-Latina sean subcontinentes que se aproximen como confines y no estén cada vez más separados por la frontera que divide hoy el mundo entre globalizadores y globalizados.

## BIBLIOGRAFÍA

- DELGADO, J. M. (1987): «América en la teoría y praxis política de José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca». *Hacienda Pública Española*, 108-109, pp. 133-146.
- FONTANA, J. (1992): *El legado de 1492 en la conciencia histórica española*. Quito.
- DE LUCAS, J. (2002): «Algunas propuestas para comenzar a hablar en serio de política de inmigración», en *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas*, J. de Lucas y F. Torres (eds.), Barcelona, Icaria, pp. 23-48.
- HOUTART, F. (2012): *De los bienes comunes al Bien Común de la humanidad*. Panamá, Ruth Casa Editorial.
- HOUTART, F. (2013): *Ética social de la vida. Hacia el Bien Común de la Humanidad (Un paradigma anticapitalista)*. Madrid, IEPALA.
- MAESTRO, G. (2003): «Globalización, inmigración y ciudadanía social». *Revista de Derecho Migratorio y Extranjería*, 4, pp. 9-42.
- MARTINIELLO, M. (2001): *La nouvelle Europemigratoire. Pour une politique proactive de l'inmigration*. Bruxeles, Labor.
- MORENO, I. (1969): «Un aspecto del mestizaje americano: el problema de la terminología». *Revista Española de Antropología Americana*, 4, pp. 201-218.
- MORENO, I. (1973) *Los cuadros del mestizaje americano. Estudio Antropológico*. Madrid-México, Ed. José Porrúa.
- MORENO, I. (1978): *Cultura y Modos de Producción*. Madrid, Ed. Nuestra Cultura.

- MORENO, I. (1992): «América y el nacionalismo de estado español del IV al V Centenario». *Revista de Estudios Regionales*, 34, pp. 53-78.
- MORENO, I. (1998): «¿Proceso de secularización o pluralidad de sacralidades en el mundo contemporáneo?», en *Potenza e Impotenzadella Memoria. Scritti in onore di Vittorio Dini*, A. Nesti (ed.), Roma, Tibergraph, pp. 170-184.
- MORENO, I. (1999a): «De 'bozales' a 'negritos': los negros sevillanos y su cofradía, del siglo xv al xix», *Palabras de Ceiba*, 3, pp. 67-95.
- MORENO, I. (1999b): «Quiebra de los modelos de Modernidad, Globalización e Identidades colectivas», *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, 4-5, pp. 167-204. También en *Hacia una ideología para el siglo XXI. La crisis civilizatoria de nuestro tiempo*, J. Alcina y M. Calés (eds.), Madrid, Akal, 2000. pp. 102-131.
- MORENO, I. (1999c): «Derechos Humanos, ciudadanía e interculturalidad», en *Repensando la Ciudadanía*, E. Martín Díaz y S. de la Obra (eds.), Sevilla, Fundación El Monte, pp. 9-35.
- MORENO, I. (2001): «Convivir en paz, vivir sin racismo. Apertura», en *III Congreso Internacional de Derechos Humanos*, Cádiz, Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía, pp. 9-23.
- MORENO, I. (2003): «La trinidad sagrada de nuestro tiempo: mercado, estado y religión», *Revista Española de Antropología Americana*, 33, pp. 13-26.
- MORENO, I. (2013a): «Migraciones y globalización: las nuevas fronteras», en *Conversaciones antropológicas*, R. Ferraro i Gandia, (coord.), Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, pp. 91-106.
- MORENO, I. (2013b): «Notas para una reflexión sobre el 'sumak kawsay' y otras lógicas alternativas», en *Imaginari del canviament in America latina. Religion, culture, dinamiche económico-sociali*, E. Segre Malagori y S. Scotti (coords.), Firenze Mauro Pagliai Editore, pp. 153-157.
- MORENO, I. (2019): «La 'celebración' del 2 de enero como falsificación de la historia: nacionalismo español e identidad andaluza», en *Con Andalucía y el Sur en el corazón. Homenaje a Manuel Delgado Cabeza*, L. Gavira Álvarez (coord.), Málaga, Ediciones del Genal, pp. 259-284.